

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalémer Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador.

Sin hipocresías

En los últimos números de este periódico se han publicado primorosos artículos, brillantes de forma, vibrantes de fondo, rebosando verdades tristes y amargas como la realidad las brinda.

Los plácemes y felicitaciones que sus autores, entrañables compañeros nuestros, llevan recibidos y el entusiasmo que han despertado en mucha gente de criterios políticos distintos ó apartadas de la vida pública, nos ha hecho reflexionar una vez más sobre la situación actual de Cartagena, y estas reflexiones han fortificado poderosamente nuestro convencimiento de que el vergonzoso actual estado de cosas, solo podrá modificarse y destruirse proclamando en todo momento la verdad é imponiéndola con aquel esfuerzo para cuya eficacia son precisos por igual el estudio y el valor.

Es imprescindible dar al traste con toda suerte de convencionalismos, afrontando con entereza las consecuencias de llamar á cada cosa por su nombre y calificar cada persona por sus hechos.

Es preciso además que los campos se deslinden bien y que cada cual militante donde le plazca, en el bloque ó contra el bloque—pues á esto pueden ahora reducirse las diferencias políticas de orden local. Lo que no puede subsistir es jugar con dos barajas, encender una vela á Dios y otra al diablo.

A los que así obren hay que descubrirles citando sus nombres y apellidos; sacando á la pública palestra su conducta.

Y este camino es el que forzosamente tienen que seguir los partidos políticos si no quieren verse absolutamente anulados, al menos en sus actuales organizaciones.

Porque si los partidos políticos locales no se prestaran á la lucha, no se decidirán á batallar en todo momento y en todos sitios, no solo para defender su influencia actual, sino para reconquistar todas aquellas posiciones que no debieron nunca dejarse arrebatar, bien podría darse el caso de que se produjeran desmembraciones importantes que arrastrando consigo lo mejor y más sano de cada uno, lo que representa entusiasmo y ardor para la defensa de su causa y decisión y va-

lencia para luchar hasta vencer ó sucumbir, llegarán á anular las viejas organizaciones, los procedimientos caducos, los personajes históricos y sobre la base de sus trabajos, con el entusiasmo de su fé y con el prestigio de sus éxitos, levantarán partidos nuevos, jóvenes, llenos de savia y vida, capaces de hacer por Cartagena la obra provechosa, que en vez de enseñarles á realizarla, le impedirían llevar á cabo los prohombres y jefes de esos partidos.

Pero no sucederá tal cosa, por fortuna, porque el talento y la perspicacia de los directores de la política local, les hará comprender que el vigor de sus partidos, la fortificación de sus huestes, el secreto para alcanzar los triunfos, consiste sencillamente en impedir, por ahora, el carácter de antibloquistas á las organizaciones políticas de orden local.

Este debe ser el ideal común, como es el ideal de todas las personas salvo aquellas que están cegadas por un fanático sectarismo ó por una senil aspiración de influencia y poderío ó cuyos espíritus se hallan ganados por las bajezas del odio ó por los temblores de la cobardía. Y toda esta gente de excepción, que dá vida á la farsa, no suma por fortuna, arriba de unos centenares. Pero todos gritan, se mueven sin cesar, acuden donde les llaman y suplen con actividad y osadía su insignificancia y su mediocridad.

El ir contra su obra que inspira y encarna el mandarín de la Puerta de Murcia, es labor de importancia excepcional que Cartagena anhela y reclama de todos. Y emprendida con entusiasmo y lanzado el grito de combate que une y concierte todos los elementos que dispersos archivan, los adeptos surgirán á millares y la cruzada será ruda pero corta, pues el bloque por su esencial inconsistencia pronto caerá deshecho sin merecer siquiera el respeto que siempre ha inspirado los vencidos.

Y esta es la empresa que urge acometer. Nada de treguas ni armisticios y menos de paz ni de avenencias. ¡Con las fieras no se pacta; ó se las amansa ó se las destruye!

Y si contra nuestra opinión, la realidad evidenciara que por conveniencias, por miedo, ó por otro linaje de motivos, éramos pocos los que nos alistáramos en el antibloquismo; tampoco esto enfriaría nuestros entusiasmos, ni amenguaría, antes al contrario, nuestra fé en el éxito final, que más ó

menos pronto, siempre pronto, se habría de alcanzar.

Manos pues, á la obra, en la que todo amante de Cartagena debe colaborar y en la que nosotros tomaremos la parte activa que exigen nuestro cariño á esta tierra y nuestro anhelo vivísimo de verla próspera, floreciente y libre.

Y cuando la victoria corone nuestros esfuerzos, no dormiremos sobre los laureles.

Trabajaremos en la paz, para restaurar el imperio, que jamás debieron perder en Cartagena, la Educación, la Cortesía, la Cultura....

LOS TRANVIARIOS

Madrid 7-6 m.

Siguen recibiéndose noticias de Málaga acerca de la gravedad que reviste la huelga de los tranviarios. Escasean los obreros esquirolos. Solo circulan siete coches.

Varias sociedades han ofrecido recursos á los huelguistas y además les han manifestado que si el día 10 no consiguen las peticiones que han formulado, les secundarán en la huelga.

¡VOLEMONOS!

(RECUERDOS DE UN DIRIGIBLE)

El concurso de aviación nos trae descuajeringados. Nos embriaga la emoción: estamos sobresaltados. Es volar nuestra ilusión, volar á mundos soñados: la ardiente imaginación, ciegos, finge, inexplorados. Las alas del corazón, ensayan vuelos osados: volemos sin precaución, para morir estrellados! En prodigiosa ascensión, los espíritus alados, á fantástica región se sienten hoy transportados.

Ante un hermoso aero-plano se detienen dos amantes: lo contemplan mano á mano, y suspiran anhelantes. Ansia su amor insano volar á mundos distantes, huir, en pleno verano, de calores enervantes; ser del aereo Oceano, intrépidos navegantes.

ver que el sol alumbra, ufano, desposorios incitantes.

¡Luna de miel en bi-piano!

¡Aires puros, confortantes!

¡El progreso es soberano!

¡Besos tibios, irritantes!

¿Quién no se siente pagano en tan supremos instantes?

El niño-ciego es tirano,

¡volemós, novios flotantes!

Los políticos de altura,

que fracasan en su empeño;

los tribunos, en agrura,

que nos arrugan el ceño;

las doncellas, en clausura,

que se mustian sin un dueño!

los maridos, con hartura,

que sufren el mal del sueño;

los poetas, en tortura,

que el mundo encuentran pe-

los rojos, que en su locura; (queño,

ven el porvenir risueño;

y los tramposos, sin cura,

cortosanos del Cenceño,

consuelen su desventura

con un aviador rifeño.

No entreguéis vuestra amargura,

en el mar á un frágil leño,

no dispéis la tristeza

con el Gallo ó el Algabeño.

Desde la matrona impura

á la virgen de un ensueño

¿quién no ofrenda su ternura

á un aviador brasileño?

Desde el único trigüeño

hasta el último asadura,

¿quién no rinde su bravura

á un aviador malagueño,

francés, noruego, extremeño,

ó paisano del Segura,

de Manolo y de Carreño?

Garnierini

DE SOCIEDAD

Procedente de la Capital ha llegado á esta acompañado de su bellísima y distinguida esposa el ilustrado Capitán de Infantería, nuestro querido amigo D. Joaquín Carlos Roca. Bien venidos.

Ha regresado de su viaje á la corte nuestro querido amigo y tertulio D. Francisco Jorquera á quien hemos tenido el gusto de saludar hoy.

Nuestro apreciable amigo don Pascual Martínez ha regresado de Madrid acompañado de su esposa á hijo Pascual.

Reciba nuestro saludo de bienvenida.

SILUETAS DE PARÍS

LA PEDAGOGÍA EN VERANO

Palabras del Kempis

En un pueblecito cercano á París, he asistido al reparto de premios entre los niños de las escuelas públicas, durante una tarde de domingo. Es un espectáculo solemne, amenizado por la música local, que ejecuta la Marsellesa á cada instante, por el discurso del alcalde, que se viste de frac y se engaña con un feñín tricolor, y por las canciones corales de las niñas y niños premiados, que entonan loores á la Justicia, á la Paz, á la República, y á otra porción de cosas tan confortantes y edificantes como esas.

Hace pocas semanas, el ministro de Instrucción pública encareció la conveniencia de estos actos académicos, que estimulan la aplicación de los escolares y mantienen vivo el deseo de saber. El alcalde del pueblo á que me refiero, coincidió, naturalmente, con el ministro. Y ante los ojos regocijados de la burguesía rural—permítidlo paradójico de la designación—desfilaban azorados los niños, con la cabeza ceñida por coronas de laurel artificial, de papel dorado y de esa plata falaz en que livianamente suele envolverse el chocolate.

Yo no sé si estos espectáculos ejercen una influencia benéfica en el espíritu de las generaciones infantiles. El alma de los niños es más compleja y sensible de lo que solemos creer. La simplicidad de su expresión, que obedece á que generalmente nuestra presencia les intimida; no significa que no vivan una intensa vida interior. El desconocimiento que tienen de nuestras convenciones; más facilita que impide su clara percepción de las cosas.

—¿Cuándo vas á obtener, como ese compañero tuyo, el primer premio?—pregunté, terminado el concurso, á uno de mis pequeños conocidos.

Y obtuvo esta respuesta auténtica, lapidaria en su terrible ingenuidad: —Cuando mi mamá, como la suya sea muy amiga del maestro.

Lo que con estas fiestas escolares se consigue no es tanto afirmar en los niños la idea de que la justicia reina en el mundo, como obligar á

los maestros á que trabajen, por la necesidad de mostrar anualmente los frutos de su labor pedagógica en nuevas generaciones. Y en este sentido tales solemnidades no serían tampoco perjudiciales en España. El profesor español—desde el pedagogo rural al maestro universitario—manifiesta singulares aptitudes y asiduidad para todo, menos para el profesorado. Entre nosotros, el Magisterio, en todos sus grados, no es una profesión, es un pretexto. El día en que á todo el que cobra del presupuesto por enseñar se le obligase á desempeñar, su oficio, la mitad de nuestros hombres públicos grandes y chicos desaparecerían del escenario.

Pero no es de temer que ningún ministro de Instrucción pública español tenga tamaña osadía. Sobre que si maestro y catedráticos evitan el contagio de la ciencia entre sus discípulos, quizás lo hacen con fines altruistas. No es cosa probada que la cultura sea necesaria para la vida.

Quien añade ciencia, añade dolor—ha dicho Kempis.—Probablemente por eso contribuyen á conservar, en los que de ellos dependen, nuestro saludable analfabetismo.

Juan Pujol

CONFERENCIAS

Madrid 7-9 m.

El marqués de Villasinda conferenció con Luque sobre la futura organización militar que tendrá Marruecos cuando se firme el tratado.

Canalejas conferenció con nuestro cónsul en Alcazarquivir sobre la situación de aquellos territorios y la actitud de los indígenas.

Los nobles delatores

El señor de Soriano es un diputado español, digno de ser portugués y carbonario.

En el último intento de contra-revolución mancomunada, nuestro regocijado actor-público, representó maravillosamente su difícil papel de Sherlock Holmes.

A ratos nos deslumbró con sus golpes de ingenio, marca Raffles; y en ocasiones se nos reveló un Memento de cuerpo entero, insustituible para la exportación.

sus impresiones después de la primera entrevista?

Testigo.—Sí, señor; me dijo: «No tengo confianza. Ese médico está enfermo y mal puede cuidarme, cuando es él quien necesita cuidados.» Había visto á Castelnau; pero no puedo precisar el sitio; me dijo nuevamente que era un punto cerca del ferrocarril del Norte.

Presidente.—¿No le dijo á usted el enfermo que el médico tenía aires de charlatán?

Testigo.—Efectivamente, recuerdo que esas fueron sus expresiones.

Presidente.—¿Entonces por qué se decidió á ponerse en manos de Castelnau?

Testigo.—Después de todo lo anterior, Gloggnar añadió: «Sé que me muero. Mejor aquí ó en otra parte me da exactamente lo mismo; al menos allí me cuidarán.» Volvió á casa del Sr. Martínez y no le he vuelto á ver.

Presidente.—¿No le dijo á usted el enfermo que Martínez había insistido para decidirle, á aceptar la asistencia de Castelnau?

Testigo.—No, señor.

Presidente.—En el sumario ha dicho usted otra cosa, ha manifestado que Martínez le tranquilizó á usted,

Testigo.—Sí, porque yo le manifesté mis temo-

dora sinceridad, no concebieron ninguna sospecha.

¡Las compañías, desconfiadas siempre, pagaron!

Es bien curiosa la psicología de esta pareja amorosa; unida por el crimen y que en realidad parecían profesar un mutuo y profundísimo afecto.

La carta que el presidente había leído era un verdadero documento humano, en el que podían inspirarse los que tienen la pretensión de sondar los abismos más impenetrables del alma humana.

Más adelante dió algo de la condenación de Juliana por los tribunales de Viena.

Volvamos ahora á este proceso, más fantástico que el de «Monte-Cristo», de Dumas, los detalles del cual servirán cualquier día al novelista moderno para hacer revivir en sus obras la fantástica del autor de «Los tres moqueteros».

Segunda audiencia

Continúan los testigos.

Se comprueba que Castelnau había dado al infeliz obrero cuatro francos diarios hasta el momento de conducirlo á Meudon.

Presidente.—¿La dijo usted que había recibido 500 francos?

Testigo.—No.

Presidente.—¿Le habló usted de Seguros?

Testigo.—No lo recuerdo.

Antonietta, portera.—Conocía yo á un pobre obrero llamado Gloggnar; que estaba siempre enfermo y sin recursos. Un día le pedí al señor Martínez una medicina para él y me la dió. Dos días después volví á la botica con la misma comisión, y el señor Martínez me preguntó: «¿No tiene familia ese individuo?»—No—le contesté.—Entonces me dijo: «Conozco un médico especialista en enfermedades del pecho; será necesario enviarle á ese doctor». Creí que el señor Martínez era un hombre caritativo, y sin desconfianza ninguna le llevé el enfermo. Pocos días después desapareció y no volví á tener de él la menor noticia.

Presidente.—¿Fue usted varias veces á casa de Martínez?

Testigo.—Dos veces.

Presidente.—¿Le dijo á usted que el médico de referencia era amigo suyo?

Testigo.—¡Caramba! ¡ya lo creo!

Presidente.—¿Aseguraba que era un hombre rico?

Testigo.—Sí.